

MARIANA MONTES

El público irrumpe en aplausos cuando Leandro Espinosa pisa el escenario del Teatro Universitario. Ataviado con el característico frac de director, empuña la batuta y los músicos de la Orquesta Sinfónica de la UANL comienzan a materializar las notas de su "Andante para cuerdas", escrito en 1985.

Este 24 de febrero de 2022 bien puede ser descrito como un merecido retorno a casa: aquel hombre tenía décadas radicando en otros países, llevando su arte sonoro a nuevas latitudes.

Y es que, a saber de Leandro, el oficio de crear música simplemente es algo ineludible como una fuerza que fluye a través de él.

"Yo soy de la opinión, al igual que Brahms, que la composición es como una semilla que crece dentro de uno y a pesar de uno. No es que quieras o no. No decides ser compositor: o lo eres o no lo eres. Y lo único que puedes hacer es aceptarlo o no, con todas sus humillaciones y sus glorias", dice.

Elocuente y nunca carente de un buen chiste, recuerda cómo, a pesar de venir de una familia conectada con la música, su padre inicialmente no estaba del todo de acuerdo con una carrera en dicha profesión.

"En casa me decían: 'Yo no quiero que seas músico, porque los músicos son vagos'. Ahora digo: 'Pues ni modo, así soy'".

Después baja la voz, como quien está listo para revelar un secreto:

"Eso que dicen que a los músicos les va mal no es cierto, no nos ha ido tan mal".

Su carrera convence más de tal afirmación que cualquier otro argumento: si bien es originario de Monterrey, puede ser descrito como un ciudadano del mundo.

Ha estudiado tanto en Ciudad de México como en Londres, Gante y Kansas City, por mencionar algunos lugares de su peregrinaje por el mundo. Su música ha sonado lo mismo en Monterrey que en Nueva York y Roma.

Tras años en el extranjero, Leandro regresó permanentemente a México en 2020 durante la pandemia de Covid-19. Es el retorno de un hijo pródigo.

De complejión delgada, cabello canoso y ojos expresivos, Leandro nació el 2 de enero de 1955 en el lugar donde, probablemente, "llegaron al mundo la mitad de los regios": la Maternidad Conchita.

Es hijo de Leandro Espinosa y Queta Garay. Él era locutor de la XET y ella tenía un programa en la misma estación, donde cantaba canciones de Cri-Cri. Es el segundo de cuatro hijos, siendo el varón de más edad.

"Recuerdo que a mi papá le daba por echarse siestas todos los días, siempre escuchando música clásica para dormir. Todo eso va entrando al inconsciente. Y, por supuesto, cuando estaba en la panza de mi mamá, seguramente la oía cantar en la radio. La música viene desde ahí", evoca.

Si bien el clan empacó sus maletas para mudarse a la Ciudad de México cuando Leandro era un chico de 3 años, mantuvo lazos con la Sultana del Norte mediante visitas frecuentes. Aquellos años de in-

Peregrino de la música



Alberto Hernández

Leandro Espinosa es uno de los compositores y directores de orquesta más destacados de la historia musical nuevoleonense cuya trayectoria ha realizado mayormente en el extranjero y hasta frente al Papa Benedicto XVI

fancia y juventud estuvieron marcados por la incansable búsqueda de la identidad como artista.

Su tío, José Antonio Espinosa, le enseñó la guitarra desde los 4 años de edad. Después vino su paso por la música popular y el jazz, incluso llegando a ser el bajista del famoso Tino Contreras.

Dice que un encuentro fortuito con un amigo, David García, lo llevó a tocar la puerta de Nicandro Tamez, quien se convertiría en su querido profesor de composición.

"Le dije: 'No sé cuándo voy a venir, maestro, pero quiero que me acepte como su alumno'. Me acuerdo que llegué a Monterrey a estudiar el 16 de septiembre de 1974, y lo sé porque estaba el desfile".

Tamez dio origen a la Escuela Formativa por las Artes A.C. y Leandro hizo las veces de su ayudante. Él combinó dichas actividades con la creación de la Orquesta de Cámara en el Tec de Monterrey, donde tomó un trabajo de docente.

"Tenía que entregar una composición a la semana más cuatro ejercicios de armonía, más cuatro de contrapunto. Fue una disciplina fuerte y buena", comparte.

Pero eventualmente conclu-

yó que era necesario retornar al Conservatorio Nacional de Música, de donde lo habían expulsado a inicios de los 70 por faltar constantemente a clases.

"Era por ahí de 1978. Pensaba que no se acordaban de mí. ¡Nombre!, me tenían en el libro negro. Hijole, me ponían una regañita y todavía tengo en la mente a Eduardo Díazmuñoz riéndose. Hasta la fecha somos cuatachos".

Hace referencia al actual director de la Orquesta Sinfónica de la UANL, quien recuerda al estudiante Leandro, siempre brillante.

"Me causó mucha gracia porque, desde que lo conocí, me pareció un joven inquieto pero único. Ya se veían los destellos de los compositores, que viven en su mundo sonoro. Él estaba en otras esferas", rememora Díazmuñoz.

"Es una persona sincera, directa, veraz en todo lo que dice y hace. Es coherente entre el pensamiento, la palabra y la obra, y eso para un compositor es valiosísimo".

Para no perder la costumbre, Leandro optó por estudiar otro instrumento de cuerdas: el violonchelo.

"Y tuve una idea: si lograba ser el último chelista de la peor orquesta del mundo estaría conforme porque tendría dinero para pagar la renta y me dedicaría a componer. Pero no sucedió así. Me fue un poquito mejor de lo que esperaba", señala mientras una amplia sonrisa se dibuja en el

rostro de este hombre que entró a la Orquesta Sinfónica del Conservatorio Nacional de Música, la Orquesta de Cámara de Bellas Artes y la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México, dándole la oportunidad de realizar giras por Europa, China y Japón.

Dice que ha sido un hombre con suerte. Prueba de ello es que en 1980 recibió una beca por parte de Acción Cultural y Asistencial A.C. para estudiar bajo la tutela del afamado chelista Stefan Popov en Londres, Inglaterra.

El inicio de su paso por Europa puede ser descrito como una colección de experiencias con gigantes del arte musical. Además de continuar las lecciones en el chelo, entre 1980 y 1983 el regio estudió composición con Alfred Nieman (en el Guildhall School of Music & Drama), Melanie Daiken y Pawlu Grech (ambos en el Morley College).

Ejecutó el estreno europeo de su Dúo para Violonchelo y Piano, y formó parte del Welsh Chamber Ensemble. Pero todo aquello no estaba destinado a durar: la economía mexicana colapsó y no pudo continuar la beca que lo mandó a Inglaterra.

Determinado a seguir con su crecimiento, Leandro decidió permanecer en Europa. Lo que siguió fue una sucesión de "accidentes extraordinarios", como él los llama.

"Otro gran amigo, el pianista Jorge Federico Osorio,

me recomendó al chelista con el que toca, el maestro Richard Markson. Él me ayudó muchísimo y cuando estaba más que muerto de hambre me consiguió una beca en Bélgica, me mandó con Madame Denise Tolkowsky".

Ella era una filántropa y fundadora del Fondo Alex de Vries, enfocado en apoyar a músicos y dirigido por el violinista polaco-mexicano Henryk Szeryng. En este nuevo periodo, de 1983 a 1986, el nuevoleonés trotamundos trabajó como compositor invitado en el Instituto para Psicoacústica y Música Electrónica de la Ciudad de Gante, y estudió dirección orquestal en el Conservatorio de la misma ciudad con el maestro Jan Valach.

Aquí hizo la obra electrónica "Lu", así como el ballet "Senso" en asociación con la coreógrafa francesa Catherine Massin, entre otras composiciones.

Sin embargo, el llamado para volver a su país se hizo más fuerte.

Retornó a México, donde el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes le comisionó la que quizá es una de sus piezas más conocidas: la ópera "Ifigenia Cruel", basada en la obra homónima de Alfonso Reyes. Su obra se estrenó con la Orquesta Juvenil Carlos Chávez dirigida por Eduardo Díazmuñoz, en 1991.

Guillermo Villarreal, director de orquesta a quien Leandro alguna vez le dio una carta de recomendación, elogio su trabajo.

"Es una música auténtica, personal, humana. Leandro también es un músico completo y complejo que en su obra retrata el sinfín de variadas y coloridas experiencias de vida, con una sólida preparación académica y una humildad fuera de serie", expresa.

Tras su paso por la Escuela Superior de Música y Danza de Monterrey, en la que fungió como docente, este hijo pródigo eligió radicarse en Estados Unidos a inicios de los 90.

Tomó el puesto de director asistente de la Camerata del Conservatorio Peabody, en Baltimore, hizo un doctorado en composición en el Conservatorio de Música de la Universidad de Missouri de Kansas City, y se convirtió en profesor asociado de la Eastern Oregon University, por mencionar algunas aventuras en la Unión Americana.

Leandro puede decir que es el regiomontano que compuso música para el Papa Benedicto XVI. La curiosa historia comienza con la intervención de su hermano, quien también es músico.

"De repente, mi hermano Javier dijo que se iba de monje. Le dijimos: 'Estás loco, si tú eres músico'. Pero bueno, ahora es concertista de órgano, y como el buen cristiano es bueno con su hermano, programó una de mis obras en el Festival Internacional de Órgano de Morelia, para ser tocada en el Auditorio Nacional. Nombre, yo estaba bien emocionado, pero ¡a la mera hora me cancelan!"

Sin embargo, ello sería uno más de sus "accidentes extraordinarios", dice, porque lo reprogramaron para participar en un concierto con música latinoamericana, patrocinado por El Vaticano y celebrado en Roma en 2008. Ahí captó la atención de James Goettsche, organista principal de la Basílica de San Pedro.

Fue una buena impresión: eventualmente resultó ser uno de 60 artistas, entre ellos seis compositores, invitados a crear obra para la celebración de las seis décadas de sacerdocio del entonces Pontífice, Benedicto XVI. La lista incluyó a otras grandes luminarias del arte sonoro, como Ennio Morricone y Arvo Pärt. "Éramos como las velitas del pastel para Su Santidad", cuenta entre risas.

Realizaron el evento a manera de exhibición: "El Esplendor de la Verdad, la Belleza de la Caridad", inaugurada en la Sala Pablo VI el 4 de julio de 2011. Dos movimientos de la obra de Leandro, titulada "Missa Sancti Bernardi Tolomei", han sido grabados.

Pero incluso tras tantos éxitos, el compositor no se considera satisfecho. Ahora dice tener una misión distinta: que su obra y la de otros creadores no quede perdida. Por ello vino a entregar buena parte de su catálogo al Centro de Compositores de Nuevo León, donde está al alcance de todos.

"Tengo la experiencia de que muchas obras de nuestra cultura terminan perdidas. Tengo toda una vida de estar escribiendo y no quiero que todo el trabajo termine en el caño. Yo quiero que mi obra quede en México".

Es una labor para preservar, afirma este peregrino de la música, y para nutrir las colecciones de partituras de los músicos de Nuevo León y el resto de México entre los que él tiene, sin duda un lugar destacado.



Luis Ramírez

elnorte.com/leandro